

sangre: porque esto es lo que tiene de particular este Sacramento, y lo que todos los Cristianos estaban acostumbrados á buscar en él, en virtud de las palabras de su institucion.

XXIX.— *De la virtud y el mérito de Jesucristo.*

Que se recibe en el Sacramento con la figura la virtud y el mérito de Jesucristo, lo habian dicho tanto Zuinglio y Oecolampadio, que Calvino no hubiera echado nada de menos en la doctrina de aquellos dos reformadores, si no hubiera querido decir alguna cosa más.

XXX.— *La doctrina de Calvino tiene algo de la de Bucero y de los artículos de Vitemberg.*

Bucero, á quien Calvino reconocia de algun modo por su maestro, confesando, como habia confesado en el convenio de Vitemberg, una presencia sustancial que fuese comun á todos los que comulgaban, dignos é indignos, establecia por este mismo hecho una presencia real independiente de la fe, y procuraba llenar la idea de realidad que las palabras del Señor hacen concebir naturalmente. Pero Calvino creia que esto era decir demasiado, y aunque le parecia bien que se alegasen á los Luteranos los artículos de Vitemberg, para mostrar que con ellos estaba concluida la querrela sobre la Eucaristia, no aprobaba en su corazon esta decision. Así, tomó algo de Bucero y de aquel convenio, lo ajustó á su modo, y procuró formar un sistema peculiar suyo.

XXXI.— *Preséntase de nuevo el estado de la cuestion. Sentimientos de los Católicos sobre estas palabras: Esto es mi cuerpo.*

Para entender el fondo de este sistema, es necesario volver á presentar en pocas palabras el estado de la cuestion, aunque tengamos que repetir algo de lo que ya hemos dicho sobre esta materia.

Tratábase del sentido de estas palabras: *Este es mi cuerpo, Esta es mi sangre.*

Los Católicos defendian que la intencion de Nuestro Señor era darnos á comer en el Sacramento su cuerpo y su sangre, como se daba á los antiguos la carne de las víctimas inmoladas en su favor.

Así como esta comida era para los antiguos un signo, y la víctima se inmolaba en su favor, y participaban del sacrificio; del mis-

<sup>1</sup> Ep. ad. illust. Princ. Germ. p. 324.

mo modo dándonos el cuerpo y la sangre de Jesucristo inmolado por nosotros para tomarlos por la boca con el Sacramento, era esto un signo de que estaban en nosotros, y de que por nosotros se habia sacrificado en la cruz el Hijo de Dios.

Á fin de que esta prenda del amor de Jesucristo fuese eficaz y cierta, era necesario que nosotros tuviésemos no solamente los méritos, el espíritu y la virtud, sino tambien la propia sustancia de la víctima inmolada, y que se nos diese tan verdaderamente á comer, como se daba la carne de las víctimas al pueblo antiguo.

Así se entendian las palabras, *Esto es mi cuerpo entregado por vosotros, Esta es mi sangre derramada por vosotros*<sup>1</sup>. Esto es tan verdaderamente mi cuerpo, como es verdad que este cuerpo ha sido entregado por vosotros, y tan verdaderamente mi sangre, como es verdad que esta sangre ha sido derramada por vosotros ó para vuestro bien.

Por la misma razon se entendia que la sustancia de esta carne y de esta sangre solo se nos daba en la Eucaristia, porque solo en la Eucaristia habia dicho Jesucristo, *Esto es mi cuerpo, Esto es mi sangre.*

Nosotros, pues, recibimos de muchos modos á Jesucristo en el curso de nuestra vida; por su gracia, por sus luces, por su Santo Espíritu, por su virtud omnipotente; pero este modo singular de recibirle en la propia y verdadera sustancia de su cuerpo y de su sangre era peculiar de la Eucaristia.

Así la Eucaristia se miraba como un nuevo milagro, que confirmaba todos los demás que Dios habia hecho para nuestra salvacion. Un cuerpo humano todo entero, dado en tantos lugares, á tantas personas, bajo las especies de pan, daba que admirar á todos los entendimientos, y ya hemos visto que los Padres se habian valido de los efectos mas maravillosos de la omnipotencia divina para explicar este.

XXXII.— *Lo que hace la fe en este misterio. Creencia de los Católicos sobre estas palabras: Haced esto en memoria mia.*

De poco hubiera servido que Dios hubiese hecho un milagro tan grande á nuestro favor si no nos hubiera dado un medio de aprovecharnos de él, y nosotros no pudiéramos esperararlo sino por la fe.

Este misterio era sin embargo independiente de la fe; lo mismo

<sup>1</sup> Matth. xxvi, 26, 28; Luc. xxii, 19, 20; I Cor. ii, 24, 25.

que todos los misterios. Que se crea, que no se crea, Jesucristo murió, y se inmoló por nosotros, pues por la misma razón, que se crea, que no se crea, Jesucristo nos da á comer en la Eucaristía la sustancia de su cuerpo; porque necesitaba Dios confirmarnos por este medio, que por nosotros había permitido que fuese preso é inmolado: las prendas del amor divino son en sí mismas independientes de nuestra fe, solamente se necesita nuestra fe para aprovecharnos de ellas.

Al mismo tiempo que nosotros recibimos esta preciosa prenda que nos asegura de que Jesucristo inmolado es todo para nosotros, debemos también aplicar nuestro espíritu á este testimonio inestimable del amor divino. Y así como los antiguos al comer la víctima inmolada, debían comerla como inmolada, y acordarse de la oblacion que de ella se había hecho á Dios en sacrificio por ellos; también los que reciben en la sagrada mesa la sustancia del cuerpo y de la sangre del Cordero sin mancilla, deben recibirla como inmolada, y acordarse de que el Hijo de Dios había hecho á su Padre el sacrificio de sí mismo, por la salvación, no solamente de todos los hombres en general, sino también de cada uno de los fieles en particular. Por esta razón cuando dijo *Este es mi cuerpo, Esta es mi sangre*, añadió luego: *Haced esto en memoria mía*<sup>1</sup>, es decir, como lo manifiesta lo que sigue, en memoria de Mí inmolado por vosotros, y de esta inmensa caridad que me ha hecho dar mi vida para redimiros, como lo dan á entender estas palabras de san Pablo: *Vosotros anunciaréis la muerte del Señor*<sup>2</sup>.

De consiguiente, de ninguna manera debíamos recibir solamente en nuestro cuerpo el cuerpo sacratísimo del Señor, debíamos adherirnos á él con el espíritu, y acordarnos de que no se nos da su cuerpo sino para que tengamos una prenda segura de que esta santa víctima es toda para nosotros. Pero al mismo tiempo que tengamos este piadoso recuerdo en nuestra alma, debemos entrar en los sentimientos de un tierno reconocimiento hácia el Salvador, que es el único medio de gozar perfectamente de esta prenda inestimable de nuestra salvación.

XXXIII.— *Cómo se disfrute perpétua y permanentemente del cuerpo de Jesucristo.*

Y aunque no se nos permita recibir actualmente este cuerpo y esta sangre sino en ciertos momentos, es decir, cuando comulgamos,

<sup>1</sup> Luc. xxii, 19; I Cor. ii, 24, 25. — <sup>2</sup> I Cor. ii, 26.

nuestro reconocimiento no se limita á un tiempo tan corto; y basta que en ciertos momentos recibamos esta prenda sagrada, para que dure en todos los momentos de nuestra vida el goce espiritual de un bien tan grande.

Porque aunque sea momentánea la percepción actual del cuerpo y de la sangre, el derecho que tenemos de recibirlos es perpétuo, semejante al derecho sagrado que tienen uno sobre otro los casados, por el vínculo del matrimonio.

Así el alma y el cuerpo se unen para disfrutar de Nuestro Señor, y de la sustancia adorable de su cuerpo y de su sangre; pero así como la unión de los cuerpos es el fundamento de tan grande obra, del mismo modo la unión de los espíritus es su perfección.

El que no se une, pues, en espíritu á Jesucristo, cuyo cuerpo sagrado recibe, no goza, como se debe, de tan grande don: pareciéndose á dos esposos brutales ó engañosos que unen los cuerpos sin unir los corazones.

XXXIV.— *Es necesario unir con Jesucristo el cuerpo y el espíritu.*

Jesucristo quiere hallar en nosotros el amor de que él mismo está lleno, cuando se acerca á nosotros. Cuando no lo halla, no es menos real la unión de los cuerpos; pero en lugar de ser fructuosa, se hace odiosa á Jesucristo y le ultraja. Los que vienen á su cuerpo sin esta fe viva son *la multitud que le comprime*, los que tienen esta fe son *la mujer enferma que le toca*<sup>1</sup>.

En rigor todos le tocan, pero los que le tocan sin fe le comprimen é importunan: los que no contentos con tocarle miran el tocar su carne como una prenda de la virtud que sale de él para los que le aman, le tocan verdaderamente, porque le tocan igualmente el cuerpo y el corazón.

Esto es lo que constituye la diferencia entre los que comulgan discerniendo ó sin discernir el cuerpo del Señor; á saber, recibiendo con el cuerpo y la sangre la gracia que acompaña naturalmente al cuerpo y á la sangre, ó haciéndose reos del atentado sacrilego de haberlos profanado. Jesucristo por este medio ejerce sobre nosotros todo el poder que se le ha dado en el cielo y en la tierra, mostrándose con unos como Salvador, y con otros como Juez rigoroso.

<sup>1</sup> Marc. v, 30, 31; Luc. viii, 43, 46.

XXXV.— *Estado exacto de la cuestion con arreglo á la doctrina precedente.*

Esto es lo que se debe tener presente del misterio de la Eucaristía, para entender lo que tenemos que decir; y así el estado de la cuestion se reduce á saber, por un lado, si el presente que Jesucristo nos hace de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía es un misterio como los demás, independiente de la fe en la sustancia, y que exige la fe solamente para que nos aproveche; ó por otro lado, si todo el misterio consiste en la union que tenemos con Jesucristo por la fe sola, sin que intervenga de su parte otra cosa mas que promesas espirituales figuradas en el Sacramento y anunciadas por su palabra. En el primer caso, queda establecida la presencia real y sustancial; en el segundo, se niega, y Jesucristo no se nos une sino figuradamente en el Sacramento, y en espíritu por la fe.

XXXVI.— *Procura Calvino conciliar á Lutero y á Zuinglio.*

Hemos visto que Lutero, por mas que fuese su intencion rechazar la presencia sustancial, la creyó con tanta firmeza por las palabras con que el Señor instituyó este Sacramento, que jamás varió de dictámen. Tambien hemos visto que Zuinglio y OEcólampadio, retrocediendo ante la impenetrable profundidad de un misterio tan superior á nuestros sentidos, nunca pudieron resolverse á creerlo. Calvino, estrechado de un lado por las pruebas de la realidad, y de otro por las dificultades que presentan los sentidos para admitirla, buscó un camino medio, por donde es muy difícil conciliar todas las partes.

XXXVII.— *Con cuánta energia habla Calvino de la realidad.*

Primeramente admite que nosotros participamos realmente del verdadero cuerpo y de la verdadera sangre de Jesucristo; y lo decia tan resueltamente, que los Luteranos casi llegaron á creer que opinaba como ellos: porque repite una y mil veces <sup>1</sup> que «la verdad se nos debe dar con los signos; que BAJO ESTOS SIGNOS recibimos verdade-

<sup>1</sup> Instit. lib. IV, c. 17. n. 17, etc. Diluc. expos. adm. cont. Vestph. int. Opusc., etc.

«ramente el cuerpo y la sangre de Jesucristo; que la carne de Jesucristo SE DISTRIBUYE en este Sacramento; que ella nos penetra; «que participamos, no solo del espíritu de Jesucristo, sino tambien «de su carne; que tenemos en nosotros la propia sustancia, y que «participamos de ella; que Jesucristo se une á nosotros todo entero, «y por esta razon se une á nosotros con el cuerpo y con el espíritu; «que no debemos dudar que recibimos su propio cuerpo, y que si «hay alguno en el mundo que reconozca sinceramente esta verdad, «es él.»

XXXVIII.— *Es necesario estar unido con Jesucristo mas que por el pensamiento.*

Reconoce, sí, en la Cena la virtud del cuerpo y de la sangre, pero quiere que tambien esté allí la sustancia, y declara <sup>1</sup> que cuando habla del modo con que se recibe á Jesucristo en la Cena no habla de la parte que se puede tener en sus méritos, en su virtud, en su eficacia, en el fruto de su muerte, ni en su poder. Calvino desecha todas estas ideas, y se queja de los Luteranos, porque imputándole, dice, que no da parte á los fieles sino en los méritos de Jesucristo, disminuyen la comunión que quiere que se tenga con él. Lleva tan adelante este pensamiento, que aun excluye como insuficiente toda union que se pueda tener con Jesucristo, no solo con la imaginacion, sino tambien con el pensamiento, ó con la sola aprehension del espíritu. «Nosotros, dice <sup>2</sup>, estamos unidos á Jesucristo no por fantasía y por imaginacion, ni por el pensamiento ó por la sola aprehension del espíritu, sino realmente y de hecho, por una verdadera y sustancial «unidad.»

XXXIX.— *Nuevo efecto de la fe, segun Calvino.*

Pero tambien dice que estamos unidos con Jesucristo solamente por la fe, lo que de ningun modo se concilia con lo demás que enseña: esto consiste en que por una idea tan rara como nueva, no quiere que lo que está unido á nosotros por la fe, esté unido simplemente con nosotros por el pensamiento, como si la fe fuera otra cosa que un pensamiento ó la aprehension de nuestro espíritu, divino á la verdad y sobrenatural, que solo el Padre celestial puede inspirar, pero que al fin siempre es un pensamiento.

<sup>1</sup> Tract. de Coena Domini, 1540; int. Opusc. Inst. IV, 16, 18, etc.; Diluc. exp. Opusc. 846. — <sup>2</sup> Brev. adm. de Coen. Dom. int. ep. p. 594.

**XL.**— *Calvino entiende que nos unimos con la propia sustancia del cuerpo de Cristo.*

No se sabe qué quieren decir todas estas expresiones de Calvino, si no significan que la carne de Jesucristo está en nosotros no solamente por su propia virtud, sino también por sí misma en su propia sustancia; y estas enérgicas expresiones no se leen solamente en los libros de Calvino, sino también en los catecismos, y en la profesión de fe que dió á sus discípulos<sup>1</sup>; lo que demuestra que se deben entender naturalmente.

**XLI.**— *Dice que nosotros recibimos el cuerpo y la sangre de Jesucristo de una manera que no podían recibir los antiguos hebreos.*

Zuinglio y Oecolampadio habían objetado muchas veces á los Católicos y á los Luteranos que nosotros recibíamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo como los habían recibido antiguamente los hebreos en el desierto: de donde se seguía que nosotros los recibimos no en sustancia, porque su sustancia no existía entonces, sino solamente en espíritu. Pero Calvino no tolera este pensamiento, y confesando que nuestros padres recibieron á Jesucristo en el desierto, sostiene que no lo recibieron como nosotros, porque nosotros tenemos ahora «la sustancia de su carne, y nuestra comida es sustancial, lo que no podía ser la de los antiguos<sup>2</sup>.»

**XLII.**— *Entendiendo naturalmente lo que dice Calvino, se debe creer que la recepción del cuerpo y de la sangre es independiente de la fe.*

En segundo lugar enseña que este cuerpo una vez ofrecido «se nos da en la Cena para cerciorarnos de que tenemos parte en su «inmolación<sup>3</sup>,» y en la reconciliación que esta nos proporciona: lo que, hablando naturalmente, querría decir que se debe distinguir lo que hay en esto de parte de Dios, de lo que hay de nuestra parte, y que no es nuestra fe lo que nos pone presente á Jesucristo en la Eucaristía; sino que Jesucristo, presente ya, como una prenda sagrada del amor divino, sirve de apoyo á nuestra fe. Porque así como cuando decimos que el Hijo de Dios se hizo hombre, para darnos una prueba de que amaba nuestra naturaleza, reconocemos que su encarnación es independiente de nuestra fe, y al mismo tiempo,

<sup>1</sup> Dim. 31, 32, 33; Conf. XXXVI. — <sup>2</sup> Def. contr. Vestph. p. 779. — <sup>3</sup> Cat. Dim. 32.

que es también un medio que se nos ha dado para sostenerla; del mismo modo enseñar que Jesucristo nos da en este misterio su cuerpo y su sangre para *cerciorarnos* de que tenemos parte en el sacrificio que de ellos ha hecho, á decir verdad, es reconocer que este cuerpo y esta sangre se nos dan, no porque nosotros creemos que se nos dan, sino para que nuestra fe excitada por un presente tan digno esté más segura del amor divino, del cual se nos cerciora por medio de una prenda tan preciosa.

De aquí, pues, se sigue con certeza que el don del cuerpo y de la sangre es independiente de la fe en el Sacramento; pensamiento á que nos conduce la doctrina de Calvino en otro pasaje.

**XLIII.**— *Que, según se explica Calvino, debe estar en el Sacramento el verdadero cuerpo.*

Porque, dice en tercer lugar y lo repite con frecuencia, que «la «santa Cena se compone de dos cosas, ó, que hay dos cosas en este «Sacramento, el pan material, y el vino, lo que vemos con los ojos, «y Jesucristo que alimenta interiormente á nuestras almas<sup>1</sup>.»

Hemos visto estas palabras en el acuerdo de Vitemberg<sup>2</sup>: Lutero y los Luteranos las habían tomado de un célebre pasaje de san Ireneo<sup>3</sup>, donde se dice que la Eucaristía está *compuesta de una cosa celestial y de una cosa terrena*, es decir, según ellos lo explicaban, tanto de la sustancia del pan, como de la del cuerpo de Cristo. Los Católicos no admitían esta explicación, y sin entrar aquí en esta disputa con los Luteranos, si esta explicación les parecía contraria á la transustanciación católica, también arruinaba conocidamente el sentido figurado de los Zuinglianos, y asentaba por lo menos la consustanciación de Lutero; porque diciendo que se halla en el Sacramento, es decir, en el signo mismo, la cosa terrena con la celestial, esto es, según el sentido de los Luteranos, el pan material con el propio cuerpo de Jesucristo, es poner manifestamente las dos sustancias juntas; y decir que el Sacramento se compone del pan que está á nuestra vista, y de Jesucristo que no está en la Eucaristía, sino en lo más alto de los cielos á la diestra de su Padre, sería una expresión eminentemente extravagante. Luego deben decir los Calvinistas que las dos sustancias se hallan efectivamente en el Sacramento, y que en él está junto el signo con la cosa.

<sup>1</sup> Instit. lib. IV, c. 17, n. 11, 14; Catech. Dim. 53. — <sup>2</sup> S. lib. IV, n. 23. — <sup>3</sup> Lib. IV adv. Haeres. c. 34.

XLIV. — *Otra expresion de Calvino, que el cuerpo está bajo el signo del pan, como el Espíritu Santo en la paloma.*

À esto tiende tambien esta expresion que leemos en Calvino, «que bajo el signo del pan, y bajo el signo del vino tomamos el cuerpo «y la sangre distintamente uno de otro, á fin de que gocemos de «Jesucristo todo entero <sup>1</sup>.» Siendo lo mas notable que Calvino dice que el cuerpo de Jesucristo está bajo del pan, como el *Espíritu Santo está bajo de la paloma* <sup>2</sup>, lo que señala necesariamente una presencia sustancial, pues nadie duda que el Espíritu Santo estaba sustancialmente presente bajo la forma de la paloma, como Dios lo estaba siempre de un modo particular cuando se aparecía bajo de alguna figura.

Las palabras de que se vale son unas palabras precisas. «No pretendemos, dice <sup>3</sup>, que se recibe un cuerpo simbólico: así como no «fue un espíritu simbólico el que apareció en el bautismo de Nuestro Señor; el Espíritu Santo estuvo entonces verdaderamente y sustancialmente presente; pero se hizo presente por medio de un símbolo visible, y fue visto en el bautismo de Jesucristo, porque apareció verdaderamente bajo el símbolo y bajo la forma exterior de la «paloma.»

Si el cuerpo de Jesucristo está presente en el Sacramento bajo del pan, lo mismo que el Espíritu Santo estuvo presente bajo la forma de la paloma, no sé qué mas se puede desear para una presencia real y sustancial. Y nótese que Calvino dice todas estas cosas en una obra en que se propone explicar, mas claramente que nunca, cómo se recibe á Jesucristo, pues despues de haber disputado largo tiempo con los Luteranos, lo dice así él mismo en un libro que intituló: *Clara exposicion del modo con que se participa del cuerpo de Nuestro Señor.*

XLV. — *Otra expresion de Calvino, segun la cual Jesucristo está presente bajo del pan, como Dios lo estaba en el arca.*

En este mismo libro dice tambien que Jesucristo está presente en el Sacramento, «como Dios estaba presente en el arca, donde se hizo, «dice él, verdaderamente presente, y no solo en figura, sino en sustancia propia.»

<sup>1</sup> Instit. IV, c. 17, n. 16, 17. — <sup>2</sup> Diluc. exp. sanae doctri. Opusc. p. 839. — <sup>3</sup> Ibid. p. 844.

Así, cuando se quiere hablar con toda claridad y sencillez de este misterio, se emplean naturalmente expresiones que conducen al entendimiento á la presencia real.

XLVI. — *Calvino dice que no disputa sino acerca del modo, y que admite la cosa como nosotros.*

Y por esta razon, en cuarto lugar, dice Calvino en este pasaje, y en otros generalmente, que no disputa acerca de la cosa, sino acerca del modo. «No disputo, dice <sup>1</sup>, de la presencia ni de la recepcion sustancial, sino sobre el modo de la una y de la otra.»

Repíete una y mil veces que conviene en la cosa, y que no disputa sino del modo. Lo mismo dicen todos sus discípulos, y aun en el dia nuestros reformados se incomodan cuando les decimos que segun su creencia el cuerpo de Jesucristo no está tan sustancialmente con ellos como está con nosotros segun la nuestra: lo que hace ver que el espíritu del Cristianismo es dar por sentado que Jesucristo está en la Eucaristía tan presente como se puede estar, y que su palabra nos conduce naturalmente á lo que hay de mas sustancial en la Eucaristía.

XLVII. — *Calvino admite una presencia del cuerpo, inefable y milagrosa.*

De aquí viene que, en quinto lugar, Calvino admite una presencia enteramente milagrosa y divina. No hace lo que los suizos que se enojan cuando se les dice que en la Cena hay un milagro: al contrario, él se enoja cuando se dice que no le hay. No cesa de repetir <sup>2</sup> que el misterio de la Eucaristía es superior á los sentidos, que es una obra incomprendible del poder de Dios, y un arcano impenetrable al espíritu humano; que le faltan palabras para expresar sus pensamientos, y que sus pensamientos, aunque mucho mas altos que sus expresiones, no alcanzan á la elevacion «de este inefable misterio, de modo que mas bien experimenta que entiende lo «que es esta union,» que son sus palabras, las cuales demuestran que siente ó cree sentir los efectos de esta union, pero que desconoce ó no entiende la causa.

Esto mismo le hizo insertar en la profesion de fe <sup>3</sup>, «que este misterio por su elevacion excede el alcance de nuestros sentidos, y to-

<sup>1</sup> Ibid. et Opusc. p. 777 et seq. 839, 844, etc. — <sup>2</sup> Instit. IV, 17, 32. — <sup>3</sup> Art. 36.